

echala suspiros que queman nuestros labios, que estremecen nuestro ser como tiemblan las montañas al lanzar al cielo sus torrentes de lava. Si en medio del amor no suspiráramos, la ternura que hay en el pecho, la fuerza del sentimiento mas ardiente destruiria el corazon, lo anonadaria. . . . Nada, ni las palabras mas dulces, ni las caricias mas tiernas, ni las miradas mas lánguidas, valen tanto como el suspiro que puro y espresivo, ardoroso y elocuente echala el pecho de la muger enamorada.

Sufrir y suspirar para calmar un tanto sus dolores; he aquí la suerte del hombre. Suspira porque nada hay en la tierra que llene su corazon, y como el desterrado suspira en el suelo extranjero por mirar las playas de la patria, así el hombre suspira siempre por una region de ventura y de verdad, el cielo.

Al dejar este mundo, hay cierto placer melancólico, hay cierta emociion de dulzura, al pensar que sobre la losa de la tumba se escucharán los suspiros de los seres que amamos.

1851.—FRANCISCO ZARCO.

## A UN RAMO DE FLORES.

DECID, decid, bellas flores  
Que formais tan lindo ramo,  
¿De la muger á quien amó  
La vista os dió los colores?

¿Será tanta mi ventura,  
Que en este presente grato  
Me quiso dar el retrato  
De sus galas y hermosura?

Bien claro, la mano dice  
De que las formas tomastes,  
Con tus graciosos contrastes,  
Tus sombras y tus matices:

Que así sabe con sus ojos,  
 Dominando el alma mía  
 Darle duelos ó alegría,  
 Placeres, zelos ó enojos.

Confiadme, ¿en qué pensaba  
 Cuando os estaba cogiendo,  
 Y vuestros tallos prendiendo  
 Con lazos que yo envidiaba?

¿Fué solo capricho vano  
 Contra mi pecho prenderos,  
 O fué que quiso escogeros  
 Por confidentes su mano?

¿Puedo vivir satisfecho  
 Que mi amor ha comprendido?  
 ¿Debo daros al olvido,  
 O guardaros en mi pecho?

Mas decid, flores amantes,  
 De dónde aroma tomáis?  
 Que en el prado nunca estais  
 Tan lindas, ni tan fragantes.

¿Es que á la boca os llevó  
 Por daros otro embeleso,  
 Y en disimulado beso  
 Nuevo aroma os añadió?

Abrid los cálices bellos,  
 Que si os besó la cruel,  
 Yo quiero aspirar la miel  
 Que su lábio dejó en ellos.

Habladme, habladme; ¿no veis  
 Que es mi vida ese secreto?  
 Sabré reprimir discreto  
 La alegría que me deis.

¿Acaso ya cariñosa  
 Me ha dado su corazón  
 Oculto en ese botón  
 Tierno de la fresca rosa?

¿Acaso se ruboriza  
 Al confesarme su amor,  
 Y en el naciente color  
 Su semblante simboliza?

Decid: ¿podré como ahora  
Lleno de amor os estrecho,  
Estrechar contra su pecho  
El mío que amor devora?

Os pregunto estando á solas;  
Y tal vez por darmé agravios  
Tenéis mudos vuestros lábios,  
E inmóviles vuestras corolas?

¿Por qué con tanto rigor  
Los lábios mudos están?  
¿Es que no creéis mi afán  
O que os burlais de mi amor?

Mas no habléis, que por mi daño  
Pudieran vuestras razones  
Disipar mis ilusiones  
Con un triste desengaño.

Seguid aspirando el jugo  
De ese vaso cristalino,  
Ya que el vuestro á mi destino,  
A la suerte unir le plugo.



*Isabel*

Quién sabe de vos ó yo  
Quien ha de morir primero,  
Quién sabe si el sol postrero  
Es este que hoy me alumbró.

Si de la muerte escuchare  
Mas tarde las plantas huecas,  
Serán vuestras hojas secas  
Reliquias con que me ampare.

Y si en polvo las convierte  
Despues el tiempo envidioso,  
Guardaré mas cariñoso  
Ese polvo hasta la muerte.

¿Quién hubiera así guardado  
Vuestras hojas esparcidas,  
Si allá solas y escondidas  
Hubiérais muerto en el prado?

Marchitas vuestras corolas,  
Y la raíz sin apoyo,  
Os arrastrara un arroyo  
Hasta la mar con sus olas,

Y á los duros arrebatos  
De tempestad desatada,  
Hubiérais vuelto á la nada  
Sin dejar recuerdos gratos.

Ya lo oísteis, bellas flores;  
Si acaso volveis á ella,  
Habladle de mi querella,  
De mi afan y mis amores.

Id, decidle que no muera  
Sin amor, que el que no ama,  
Tras de sí el olvido llama  
Como si nunca existiera.

Sin el amor no hay belleza,  
Ni ilusiones, ni placeres;  
Sin el amor, las mugeres  
Mueren de tedio y pereza.

Oh flores! ya vais marchitas  
A quedar, y sin aliento,  
¿No me hablaréis un momento  
Para consolar mis cuitas?

¿Sois una prenda de amores  
Que por fin mi dicha labra?  
Pronunciad una palabra  
Antes de morir, ¡oh flores!

Morid! . . . . Y si no me dais  
Su amor, solo bien que anhelo,  
No me dé mas vida el cielo,  
Que la vida que tengáis.

FERNANDO OROZCO Y BERRA.

181

LOS AEREOLITOS.

SIEMPRE que he visto un aereolito, me ha inspirado ideas de tristeza profunda y pensamientos llenos de amargura. Bajo la magnífica bóveda del cielo, en valles cubiertos de verdura, tapizados de flores, donde se escucha la voz de las cascadas y el murmullo de las hojas entre rosas y en medio de seres llenos de vida, hay un cuerpo extraño, inanimado, cuyo color es una mancha en la llanura, cuya forma irregular, no cautiva, ni llama la atención. Es una piedra dura y negruzca, aislada, sin que el musgo venga á envolverla cariñoso, sin que en ella se posen las aves ni las mariposas, sin que la adornen ni los helechos que nacen entre rocas. Nada. . . . el aereolito es extraño á cuanto lo rodea, no tiene armonía con nada de cuanto existe en la tierra.

Pero esa masa de piedra que los vientos dejaron abando-



nada, despues de haberla arrastrado en el espacio, tuvo tal vez una vida llena de belleza, era acaso un astro de fulgores centellantes que en un segundo apagó la mano de Dios y rodó desprendido del espacio donde lucía, como brillan las lámparas delante de los altares. La llama de la estrella se estinguió, y sin luz, sin vida, cayó como Satan cuando Dios lo mandaba á los abismos infinitos. He ahí el aereolito, he ahí su historia. ¿Por qué viven tan poco esos astros? ¿Caen de los cielos, como caen las hojas de los árboles en el otoño? ¿Se desprenden de las regiones superiores como ruedan las lágrimas por las megillas de los hombres?

Sin luz, el astro cayó, y en la tierra yace oscuro y sin brillo, no tiene ni el fuego fantástico del fósforo. El hombre tambien cae de la region purísima que forja en los sueños de sus primeros años; tambien el alma pierde su luz, y el corazon queda solo y sin sus prendas mas queridas. El mundo con todas sus pompas, la belleza, la felicidad, son entónces para el desgraciado lo que la vegetacion y la vida de la tierra son para el aereolito.

Esta piedra es la imágen del destierro y del aislamiento moral, ella recuerda la orfandad con sus horrores, y todas las pérdidas que van desgarrando el corazon. ¡Pero, no! Nunca el corazon llega á estar como el aereolito, que queda al alma la memoria del bien, y le quedan sus tormentos, tormentos que casi se llegan á amar porque son la sombra que dejó en el alma la fugaz felicidad.

1851.—FRANCISCO ZARCO.